

CUANDO UN PUEBLO
TIENE SENTIDO HEROICO
DE LA VIDA,
FORJA SU HISTORIA CON
CARACTERES DE EPOPEYA

El Homenaje de la Liga Marítima de Chile a las glorias de la Armada.

Un brillante y emocionado homenaje rindió el 30 de mayo de 1973 la Liga Marítima de Chile a las Glorias de la Armada Nacional, al cumplirse un nuevo aniversario del heroico combate naval de Iquique.

Este homenaje se realizó en un almuerzo en el Club Naval de Campo, que fue presidido por el titular de la Liga Marítima de Chile, vicealmirante (R) señor Alejandro Navarrete, y al cual fue invitada una delegación de jefes navales, que fue presidida por el Comandante en Jefe de la I Zona Naval, vicealmirante señor José Toribio Merino. Concurrieron a este homenaje todos los directores nacionales de la Liga Marítima.

Abrió la sesión para explicar con elocuentes palabras el sentido del tributo que rendía la Liga Marítima, su presidente, vicealmirante (R) señor Navarrete.

El homenaje; en sí mismo, estuvo a cargo del director nacional de la Liga Marítima, y director de la revista "Mar", señor Francisco Le Dantec Brügger, cuyo discurso, en que hizo un análisis filosófico del heroísmo, damos más adelante.

En nombre de la Armada Nacional, en una brillante improvisación, llena de

hondo contenido emocional, agradeció el homenaje el vicealmirante señor José Toribio Merino, quien fue larga y calurosamente aplaudido por su notable actuación.

El texto del discurso-ensayo sobre el heroísmo, del señor Francisco Le Dantec, es el siguiente:

"¿Por qué un hombre ha de mantener fielmente la palabra empeñada, cualesquiera que sean las consecuencias? ¿Por qué ha de cumplir lealmente su deber, llegando incluso al supremo sacrificio de su propia vida? Estas preguntas se las formula John Locke en su ensayo sobre "La comprensión humana".

El filósofo inglés señala que ellas tienen tres respuestas posibles. Si se interroga a un hombre de definido espíritu religioso, dice, dará como razón el hecho de que así lo exige Dios, que tiene el poder de la vida eterna y de la muerte.

Si la cuestión es planteada a un seguidor de Thomas Hobbes, el precursor del totalitarismo estatal, su respuesta será que es obligación del hombre mantener la palabra empeñada y cumplir su deber, porque la sociedad pública lo impone, y

porque de no hacerlo, será castigado por el Estado, al que encarna en su fabuloso Leviathan.

Por último, si el que debiera responder fuera un filósofo de la antigua Grecia, destacaría en su respuesta que el faltar a la palabra dada o el incumplimiento del deber, sería deshonesto, sería contrario a la dignidad humana y estaría en oposición a la virtud, que para Platón es la más alta perfección de la naturaleza del hombre. La virtud, según la doctrina de Platón, tiene cuatro condiciones, que se refuerzan mutuamente y que son interdependientes: justicia, templanza, coraje y prudencia.

Estas preguntas, y sus tres respuestas, plantean el problema central relativo al cumplimiento del deber. Las tres reconocen la existencia del deber y la de una fuerza que nos compele a cumplirlo. Para dos de las respuestas, la del hombre religioso y la del hobbista, la obligación deriva de un mandato de la ley. La ley de Dios, en un caso, la ley del Estado, en el otro. En ambas, la fuerza coercitiva nace del temor a posibles sanciones de un poder superior. El hombre religioso tiene deberes con Dios, el ciudadano los tiene con el Estado. Ambos obedecen por temor a un castigo. En otros términos, su acción se funda en un cálculo aceptado de riesgos y consecuencias.

La tercera respuesta, en cambio, muestra que, en cierta forma, el sentido del deber es ajeno a leyes divinas o humanas, ajeno a temores y ajeno a la intervención de poderes superiores. En este caso, el sentido del cumplimiento del deber deriva de un mandato moral establecido por la propia conciencia, como una forma de lograr el bien supremo, de alcanzar la virtud.

La Liga Marítima de Chile, como es tradicional, en la fecha aniversaria de su gesta gloriosa y de su sacrificio, quiere rendir su homenaje de admiración y de respeto a los Héroes de la Armada Nacional. Al encontrarnos frente a la tarea de materializar este tributo nos hemos visto movidos a estas reflexiones filosóficas. ¿Por qué, nos hemos dicho, volver a reseñar hechos que todos conocemos hasta en sus menores detalles? ¿Por qué no aprovechar esta oportunidad para

meditar sobre las razones profundas que llevaron a los héroes a la realización de su hazaña? ¿Por qué no reflexionar sobre las consecuencias que para el destino de la Patria tuvo su extraordinario gesto de heroicidad?

En estos días cruciales, cuando todos los valores consagrados por la tradición son cuestionados por las nuevas generaciones, nos ha parecido justo y apropiado poner de relieve los perfiles morales de quienes, en el momento de la decisión suprema, por encima de cualquier consideración personal pusieron el interés superior de Chile.

Los héroes de la mitología griega fueron hombres de carne y hueso. Vivieron, lucharon, sufrieron y experimentaron las mismas pasiones que hacen presa de todos los seres humanos. Pero su presencia espiritual permanente ha trascendido a través de los siglos; sus hazañas han inspirado a poetas y a artistas que las inmortalizaron en el verso o en el mármol, porque el pueblo griego reconoció en tales héroes la esencia misma de sus virtudes colectivas, la síntesis de sus propias luchas, la suma de todos sus sacrificios.

Hab'ando en propiedad, la historia no existe. Existen solamente biografías, que en su conjunto componen la historia. En el correr de todos los tiempos, no ha existido epopeya que no sea la biografía de un héroe. La existencia de un hombre heroico, que se hace digno de que las generaciones que le suceden lo recuerden con respeto y con devoción, es en sí misma un poema épico.

Por eso, el valor de un país no se mide por la cantidad de sus riquezas; no se calcula por el censo de su población; y tampoco se refleja en el tamaño o importancia de sus ciudades. El valor de un país se mide por la estatura moral de los hombres que produce. Cuando un pueblo tiene sentido heroico de la vida, forja su historia con caracteres de epopeya. Por esto, las instituciones humanas no son otra cosa que la proyección hacia el futuro de los hombres que las han integrado.

Con su carismática intuición de poeta, dijo Rubén Darío en su "Canto épico a las glorias de Chile":

"Cuando en Iquique, Prat halla la muerte,
el héroe se convierte
en semidiós; el cielo constelado
de la chilena gloria, se ilumina
con luz de sol. . ."

Prat fue así un paradigma del pueblo de Chile, y su gesto se convirtió en un imperativo de virtudes cívicas, de coraje, de abnegación, en tanto que su figura de leyenda entró para siempre en el alma del pueblo chileno. Y con su jefe inmortal entraron también los 146 marinos que fueron sus compañeros de holocausto y de gloria; el teniente Serrano y el ingeniero Hyatt; el sargento Aldea y el marinero Ugarte; el guardiamarina Riquelme y los cornetas Cabrales, Reyes y Cortés, que uno tras otro tomaron en sus manos el simbólico clarín, para que en la cubierta ensangrentada de la gallarda corbeta no dejara de escucharse el estridente ca'acuerda, como un grito desgarrado de desesperada resistencia hasta la muerte.

Los héroes pueden tener todas las virtudes, y también todas las pasiones humanas. Pero nunca un héroe ha sido un cobarde. Si hubieran carecido de coraje, no habrían sido héroes. Como todos los hombres, pueden experimentar la sensación del temor, y aun del miedo. Pero la diferencia entre un héroe y un cobarde estriba en que el héroe se coloca por encima de angustias y de temores, con plena conciencia de que el espíritu es más fuerte que cualquier fuerza material. Por eso los héroes son capaces de cumplir hechos portentosos, como si estuvieran liberados de las debilidades humanas.

El dominio del temor por el sentido moral del cumplimiento del deber es lo que constituye el coraje; es lo que confiere a los héroes la fortaleza anímica, la resistencia espiritual y la fuerza moral que les permiten realizar hazañas que lleguen más allá de lo que razonablemente podría exigirse a sus condiciones físicas.

Para Aristóteles, el coraje es el justo medio entre los extremos de cobardía y temeridad. "El cobarde, el temerario y el valiente, dice el filósofo griego, se hallan motivados por el mismo objetivo, pero adoptan distinta actitud. En el co-

barde hay carencia de coraje. En el temerario hay un arrebatado inconsciente que lo lleva a buscar riesgos y peligros innecesarios, que muchas veces, en definitiva, lo obligan a volver atrás. Valiente es aquel que, con entera conciencia de los riesgos y de sus consecuencias, mantiene el dominio de sí mismo y la calma, hasta que llega el momento de la acción, en la cual vuelca todas sus fuerzas físicas y espirituales".

Determinar el momento de esa acción, evitando cobardías y evitando inútiles locuras, exige una decisión de la razón, para la cual es necesaria una tremenda fuerza espiritual. El coraje consciente es una rara cualidad, que muy pocos poseen.

El hombre no es una criatura de las circunstancias. El hombre crea las circunstancias, y tanto moral como materialmente, es el artífice de sus propios destinos. Las circunstancias son el elemento ambiental en que ha de vivir y ha de actuar.

Prat parecía predestinado al heroísmo. En cada uno de sus actos, como oficial de Marina, como ciudadano, como padre, como esposo, o simplemente, como ser humano, encontramos el mismo sello de tenacidad en el esfuerzo, de sobriedad en la acción, de dignidad viril y de nobleza en el gesto. Reunía en él las cuatro condiciones que Platón atribuía a la suprema virtud humana.

Sabía Prat que toda corona que confiera un verdadero blasón de nobleza, ha sido siempre, y seguirá siéndolo, una corona de espinas. Por ello tomó su parte de dolor, y aceptó su sacrificio con plena conciencia de sus actos. Vivió siempre con entera lealtad a sus principios éticos.

Cuando llegó el momento de la decisión suprema, el jefe pudo despertar en todos sus hombres la misma lealtad, el mismo heroico renunciamento que a él lo impulsaban a la gloria, porque ellos se miraron en el espejo de su inmaculada conducta.

Nunca un héroe ha llegado a destiempo a su cita con el destino. Ni demasiado pronto, ni demasiado tarde. Siempre el heroísmo se ha manifestado en el momento en que era necesario.

Prat y sus 146 compañeros sacrificaron sus vidas exactamente en el momento en que Chile tenía necesidad de su sacrificio. Pero, al morir, nacieron para la gloria, y entraron para siempre en los dominios de la leyenda, a los que tan escasos seres humanos tienen acceso.

Señores, la palabra es plata y el silencio es oro, dice un viejo proverbio, un proverbio casi tan viejo como la historia de la humanidad.

La palabra pertenece al tiempo, el silencio pertenece a la eternidad. Con la plata opaca de algunas pobres palabras, de mezquina elocuencia, hemos tratado

de dar forma al homenaje a los héroes de nuestra Armada. No es suficiente. Re-concentrémonos, entonces, en nuestro silencio, que será oro y será eternidad. Y desde lo más hondo de nuestro ser íntimo, elevemos a nuestros héroes una oración, que será más sincera y será más pura porque no será pronunciada. Así quedará incontaminada de toda forma material. Y pidamos, fervorosamente, que la luz inmortal de su gloria se proyecte, como un faro de esperanzas, para señalar los caminos que conduzcan a Chile al cabal cumplimiento de sus altos destinos de paz, de fraternidad y de grandeza".